

CAPÍTULO VII.

Noticias de D. Francisco Ruiz de León y sus obras.—Análisis del poema «La Hernandía.»—Algunas observaciones sobre el libro intitulado «Mirra dulce para aliento de pecadores.»—Obras en verso, sobre la conquista de México, escritas por mexicanos ó residentes en nuestro país.

Las únicas noticias que da el bibliógrafo Beristain respecto al autor, objeto del presente capítulo, son las siguientes:

D. Francisco Ruiz de León nació en Tehuacán de las Granadas, estudió humanidades en Puebla, y filosofía en México. Volvió después á Puebla donde estudió teología, graduándose de bachiller en esa ciencia. Más adelante, contrajo matrimonio y se retiró al campo; pero sin abandonar el estudio de las letras. Escribió Ruiz de León un poema intitulado *La Hernandía*, y otro con el nombre de *La Tebaida Indiana*, que es una descripción del desierto de los Carmelitas. Además, dejó manuscritos varios tomos de poesías, de los cuales se publicaron algunos sin el nombre del autor.

A las anteriores noticias podemos agregar lo siguiente. El Sr. D. Joaquín García Icazbalceta tiene entre sus libros uno de Ruiz de León, casi desconocido, verdadera curiosidad bibliográfica, cuyo título es: «*Mirra dulce para aliento de pecadores*» (Bogotá, 1790). En las advertencias preliminares de ese libro se dice «que Ruiz de León vivió algún tiempo en México donde era aplaudido su ingenio y buen gusto en la poesía, y que las personas de letras le distinguían por sus recomendables circunstancias. Que más adelante, por su poca fortuna, se había reducido á educar unos niños en Orizaba.»

Beristain, hablando de *La Hernandía*, dice: «Los defectos que se encuentran en ese poema deben atribuirse al mal gusto de la época, y no á falta de ingenio ni de conocimientos del autor.» El bachiller D. Joaquín de Buedo y Girón calificó *La Hernandía* de «un poema dulce, sonoro y verídico al que no falta parte alguna esencial ni adorno de aquellos que sabe dar el arte, y tiene la apreciablesísima calidad de contar fielmente la historia que promete que es la de la conquista de México.» D. José Benegasi manifestó su opinión sobre el escrito que nos ocupa con las siguientes palabras: «Hallo en muchas de sus octavas profundos conceptos, no pocas sentencias, reflexiones discretísimas y ciertos ofrecimientos que podemos llamar originales; estos y otros primores hallo en la obra.» Los críticos modernos no son tan indulgentes con Ruiz de León, pues Quintana menciona la *Hernandía* entre los poemas *raulos*, y Ticknor, considerando defectuoso *México conquistado* de Escoiquiz, cree que todavía es peor la *Hernandía*. Por nuestra parte, no queriendo prejuzgar el poema que nos ocupa, comenzaremos por presentar un resumen, dar algunas muestras, y hacer las observaciones que nos parezcan necesarias: en cuanto al resumen, nos valdremos del que hizo el autor mismo. Además, conviene tener presente que los poemas épico-heróicos se dividen en varias clases como la epopeya y el poema histórico, que un preceptista filosófico contemporáneo, Revilla, define de este modo:

«*Epopeyas*, esto es, poemas orgánicos y sintéticos, siempre primitivos y espontáneos que expresan el ideal entero (religioso, moral, social, político) de un pueblo, de una raza, y á veces de toda una civilización, representado en una vasta concepción y simbolizado en un hecho grandioso y extraordinario. En este género de composiciones siempre interviene lo maravilloso teológico, y los personajes son míticos y legendarios, y no pocas veces divinos ó semi-divinos. Las grandes epopeyas nacionales son imitadas luego por los poetas eruditos, que trazan epopeyas artificiales ó de imitación. Ejemplo de epopeya espontánea, esto es, de verdadera epopeya es la *Iliada*; ejemplo de epopeya artificial-erudita ó de imitación es la *Eneida*.

«*Poemas históricos*, que se limitan á narrar los grandes hechos de la historia, sin darles carácter legendario y ma-

villosa. No quiere decir esto que en tales poemas no inter venga lo maravilloso; pero sí que el poeta se cife constantemente á la historia, y no se inspira en las tradiciones poéticas populares. Estos poemas siempre son eruditos, y con frecuencia versan sobre asuntos contemporáneos á sus autores.»

De lo dicho fácilmente se infiere que un poema épico-heróico sobre la conquista de México debe ser histórico, y no con pretensiones de epopeya.

CANTO I.

«Después de los descubrimientos del Adelantado Cristóbal Colón, y del capitán Francisco Fernández de Córdoba, pacificadas las islas del mar Atlántico, convoca Diego Velázquez en la de Cuba los principales de ella para el propio fin, y con los vasos que tenía prevenidos, sale Juan de Grijalba á la empresa. Habiendo descubierto varias costas, llega al río de Banderas, donde estuvo á pique de perderse uno de sus capitanes en batalla: después de otros accidentes, por reclamo de su gente, vuelve á Cuba, y haya desahido á Velázquez porque no hizo la población. Con mejor disposición envía éste á Hernán Cortés por Cabo de ella: dase noticia de quién era, su calidad, valor, y el estado en que se hallaba. Sale de Cuba, engruesa su ejército en las villas de la Trinidad y de la Habana, y padece persecución de sus émulo, que consiguen descomponerlo con Velázquez. Sosegados éstos, hácese á la vela, padece un fuerte temporal, y arriba á la isla de Cosumel, donde empieza á sembrar la semilla de la fe, hasta dejar en un templo colocada una imagen de María Santísima nuestra Señora.»

Desde luego podrá observarse por el resumen anterior, que el autor toma las cosas un poco más allá de lo que debiera, pues según las reglas del arte la escena del poema épico ha de abrirse en el punto crítico en que la acción empieza, y la acción de *La Hernandía* comienza propiamente cuando Cortés sale de la isla de Cuba.

Como primer muestra del canto primero copiaremos la proposición que nos parece imitada de *Las Lusiadas* de Camoens.

No canto endechas, que en la Arcadia umbrosa
Al basto son de la zampeña ruda,
Lamenta á la zagala desdeñosa
Tierno pastor para que á verle acuda.
Delirios vanos de pasión odiosa,
Que á la alma ciega, y á la lengua muda
Dejan, cuando explicados, ó sentidos,
Roban el corazón por los oídos.

No los ocios de rústica montaña,
Donde de Alboques el compás grosero
Guarda su sencillez y su cabaña,
De asechanzas y lobos el cabrero;
No de la lid, ó miés, pampano y caña;
No de la abeja, laborioso esmero,
Dan aliento á mi voz, pues hoy con arte,
Estragos canto del sangriento Marte.

Las armas canto, y el varón glorioso,
Que labrando á sus manos su oportuna
Suerte, constante, diestro y generoso
Sobre los astros erigió su cuna.
Héroe cristiano del valor coloso,
Que triunfó del destino y la fortuna,
De sus fuerzas blasón, de España gloria,
Campeón insigne de inmortal memoria.

Aqué! que al Quinto Carlos, que venera
El sol, á costa de un afán profundo,
Porque en un mundo solo no viviera,
Le hizo monarca de otro Nuevo-Mundo.
Como diciendo en sí, desaire fuera
En mi rey, y en mi aliento sin segundo,
Si teniendo un Cortés de ardiente zona,
No se enlazara en ambos su corona.

Acción heroica que en su rara empresa,
A cada paso muestra prodigiosa
Una proeza gentil que más la expresa
Y una facción en cada punto honrosa.
Todo fué bruto fiel con que embelesa
La atención, su lealtad pundonorosa,
Donde obraron con émulo ardimiento,
Junto su espada, como su talento.

Sangrientas guerras canto de terribles,
Generosas cuchillas españolas,
Cuyos cortes veneran invencibles
Iguales las campiñas y las olas,
Arduos encuentros, cóleras horribles,
Que competirse pueden ellas solas,

Cuando la furia desprendió sus manos
Entre españoles y entre americanos

Cese ya del Mantuano la quimera,
Que en su época, con docta fantasía
Pintó; pues admira verdadera
Serie mayor de intrépida osadía,
Cuyos ecos la fama voicieglera
Dió á sus clarines, porque su armonía,
Difundida al ambiente en nueva pompa,
Fuese animado aliento de su trompa.

Borren desde hoy los Julios y Scipiones,
Alejandros, Pompeyos y Anibales,
De Roma y de Numancia los blasones,
De Cartago, y Farsalia los anales:
Que más heroicos célebres campeones
Oscurecen sus timbres inmortales,
Cuanto va de venerar lo que es factible,
A reducir al acto lo imposible.

Lo que nos parece más digno de observarse en las anteriores octavas es lo siguiente:

Para el buen sentido de la oración hace falta en el verso primero de la octava primera la preposición *con* antes del relativo *que*; pero pudiera esto considerarse como licencia poética por serles permitido á los poetas alterar los regímenes. En la segunda cuarteta hay una transposición elegante del verbo *dejar*.

En la octava tercera, verso segundo, se encuentra otra alteración de concordancia que puede considerarse también como licencia poética, y es «labrando á,» en lugar de «labrando con.» En castellano se dice «labrar á martillo,» y esto pudiera explicar igualmente la locución de nuestro poeta.

La personificación de que «el sol adore á Carlos V» (octava cuarta) se puede defender con el ejemplo de los mejores poetas, como Fray Luis de León que hace hablar al río Tago. El sol ha sido objeto de veneración para varias naciones, y nuestro autor presenta á Carlos V como un personaje tan grande que el sol mismo le venera.

Los primeros versos de la octava quinta suenan mal por las muchas *eses* que hay en ellos, como en *empresa, paso, prodigiosa*, etc. La locución del último verso es prosaica, y obscuro el sentido de la octava.

En la octava sexta hay una personificación impropia, un adjetivo mal aplicado y una frase prosaica. La personificación impropia es que «las campifías y las olas *veneren* los cortes de las cuchillas españolas,» porque el defecto que producen los instrumentos de guerra no puede causar veneración sino miedo, horror, espanto. El adjetivo mal aplicado es el de *generosas* calificando á *cuchillas*, cuando el autor mismo confiesa que va á cantar guerras *sangrientas*, como realmente las hubo entre los mexicanos y españoles. La frase prosaica es «competir *ellas solas*» (verso sexto).

La octava séptima es de estilo gongorino.

Aunque hay alguna exageración en la idea de la última octava, lo cierto es que el hecho de la conquista de México, verificado por unos cuantos hombres contra naciones enteras, es verdaderamente maravilloso, y por lo mismo digno de la musa épica: parece más bien una fábula que una historia verdadera. Martínez de la Rosa (*Poética*) ha considerado como asunto propio del poema épico la historia de la conquista de México, y lo mismo opina substancialmente Viardot, al hablar de Solís, en sus *Estudios sobre España*. También es conforme á las reglas del arte la circunstancia de que la acción del poema que examinamos se encuentre reconcentrada especialmente en un personaje principal, Hernán Cortés. Igualmente se observan las leyes del buen gusto haciendo que el estado de guerra domine en el curso del poema, porque es lo más conforme al objeto de esas composiciones: lo que es inadmisibile en el poema épico es la prosa de la guerra civil, y por esto se consideran defectuosas algunas composiciones, como la Farsalia de Lucano y la Henriada de Voltaire. La colisión, la lucha del poema, debe tener lugar entre naciones distintas. Bajo este concepto, nada deja que desear la representación poética de una guerra entre españoles y mexicanos: raza, civilización, costumbres, todo era diferente entre ellos.

Por lo que toca al lenguaje, estilo y versificación del trozo copiado anteriormente poco hay que decir en contra: el lenguaje es generalmente castizo, el estilo casi siempre elevado y la versificación comúnmente sonora, puesta en octavas reales que es la combinación poética más propia, por su majestad y armonía, para el poema épico.

Del canto primero tomaremos también el siguiente re-

trato de Cortés, demasiado extenso; pero recomendable para su fidelidad histórica. Sin entrar en observaciones de detalle, y disimulando algunos defectos, nos limitaremos á presentar el retrato de Cortés por Ruiz de León en paralelo con el que formó Solís, á fin de mostrar la conformidad de hechos entre el poeta y el historiador.

«Nació en Medellín, villa de Extremadura, hijo de Martín Cortés de Monroy y Doña Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos no sólo dicen, sino encarecen lo ilustre de su sangre.»

Medellín, villa noble, ya famosa,
De Extremadura, mercedió oportuna,
Con ilustre ascendencia generosa,
Prevenirle blasones á su cuna.
Martín Cortés Monroy, casta su esposa
Catalina Pizarro, á su fortuna
Principio dieron, fiando á su entereza
Educación, virtud, celo y nobleza.

«Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenía con la viveza de su espíritu aquella diligencia de los estudios.»

En la flor de la edad, cuando borrados
Del bosquejo los índices pueriles,
Naturaleza deja retoceados,
Con razones de Enero, los Abriles,
Halló los suyos bien iluminados
De aquellas buenas letras que sutiles
Son ingeridas al entendimiento,
Vida del alma, y alma del talento.

Por fuerza oculta que en su pecho ardía,
Y á marciales estruendos le llamaba
Un no sé qué, que el alma le decía,
A la guerra, á la guerra se inclinaba.
¡Oh impulso grande de la simpatía!
¡Cómo ya el corazón le adivinaba,
Que en la escuela de Marte había su acero
De ganar á su rey un mundo entero!

«Inclinóse á pasar á las Indias, que como entonces duraba su conquista, se apetecían con el valor más que con la codicia. Ejecutó su pasaje con gusto de sus padres, y llevó cartas de recomendación para D. Nicolás Ovando, que era

su deudo y gobernaba en esta sazón la isla de Santo Domingo. Luego que llegó á ella y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimación en todos, y tan agradable acogida en el Gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicación.»

Con este fin sus padres, diligentes,
A Indias le enviaron, donde gobernando
La isla Española, y otras adyacentes,
Se hallaba un deudo suyo con el mando.
Sus verdes años fueron tan prudentes
Estimaciones y opinión ganando,
Que, como deudo no fuera el primero
Le atendió Ovando como caballero.

«Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinación, porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, ya pacificada y poseída sin contradicción de sus naturales, que pidió licencia para comenzar á servir en la de Cuba, donde se traían por entonces las armas en la mano.»

Pero viendo aquella isla sosegada,
No pudo superior impedimento,
Ni la fama á sus manos alcanzada,
Desvancearle de su noble intento.
A proseguir la guerra comenzada
Le llevó á Cuba su marcial aliento,
Fues pechos como el suyo, no apetece
Más honor, sino aquel que ellos merecen.

«Consiguió brevemente la opinión de valeroso, y tardó poco más en darse á conocer su entendimiento; porque sabiendo adelantarse entre los soldados sabía también resolver entre los capitanes.»

En breve aquí su brazo y su cordura,
Le acreditaron de mayor en todo,
Fiando de su conducta la ventura,
Que su prudencia consiguió con modo.
En su mano el acierto se asegura,
Sin que la emulación le encuentre apodo:
¡Tanto puede fortuna, cuando intenta
Ensalzar al alumno que alimenta!

«Era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenía otras de su propio natural que le hacían amable, porque

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALFONSO RUIZ"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

hablaba bien de los ausentes, era festivo, y partía con sus compañeros cuanto adquiría, con generosidad, que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos.»

Galán, sin los melindres de adornado;
Valiente, sin alarde presumido;
Liberal sin jactancia de envidiado;
Cortés, con atenciones de entendido;
Discreto, que habla puro, y no afectado;
Afable, que no adula por rendido;
Sobre talle gentil, dennedo airoso;
Joven edad y aspecto generoso.

Otro adorno del canto primero, pero en cuyo desempeño anduvo poco feliz Ruiz de León es la descripción de la tempestad que sufrió Cortés: esa descripción es demasiado prolíja y de color recargado con afeites gongorinos. Bastará copiar como ejemplo la siguiente octava.

Bofo desata de su gruta opaca
El voluble escadrón, que en silvos ronea,
Rompe los montes, con que más lo atraea,
Y escollos parte, cuando vuela troncos:
Retírase el alción de la resaca,
Basca el Echénels los peñascos broncos,
Y los mundos delines testifican
El tiempo que avisados pronostican.

Obsérvese que la descripción clásica, la descripción según el arte griego, es más bien filosófica que física, se dirige más al entendimiento que á los sentidos: se forma con pocos rasgos dirigidos preferentemente á comunicar la vida á un objeto que á representar su aspecto externo. En las épocas de decadencia literaria es cuando las descripciones toman grande extensión, se pierden en nimios detalles, y la pintura de los objetos materiales sustituye al sentimiento moral. Puede compararse la descripción de una tempestad hecha por Homero y el más original de sus imitadores, Virgilio, con la de Lucano en La Farsalia.

CANTO II.

«Habiendo salido de Cozumel, vuelve á él, por un suceso extraño, y recoge á Jerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatán, necesario instrumento á la empresa. por

la práctica en los extranjeros idiomas de la América. Hácese al mar, gana á Tabasco, surge al puerto de San Juan de Ulúa, y desembarca en la costa de Veracruz. El General y el Gobernador de Moctezuma le visitan, por descubrir el fin de su arribo. Varias conferencias que tuvieron sobre la embajada, hasta llegar el bárbaro á prorumpir el rompimiento. Desabridos por esto algunos soldados, claman por Cuba, y con la amistad que ofrece el señor de Zempoala, los sosiega. Hácese la población, y en su ayuntamiento renuncia el bastón de General, por la flaqueza de jurisdicción, y la villa le elige por el Rey. Gana la provincia de Quahuixtla, y hace otro templo en Zempoala. Con castigo de algunos sediciosos, que determinaban huirse en un navío, resuelve dar al través con la armada, para cerrar el paso á la fuga y lo ejecuta con heroica resolución.»

La formación de un gobierno y otros detalles sobre el sistema político de los españoles nos confirman en la idea que el asunto de la Hernandía es propio de un poema épico-histórico; pero no una epopeya. Según los mejores estéticos, el grado de civilización que conviene para servir de base á la epopeya es el que llega á una forma fija de gobierno; pero no al extremo de una sociedad regida materialmente, con administración completa, ministros, policía, etc., etc. La forma general de principios, de obligaciones y de leyes carece entonces de la vida, de la animación, de la individualidad, de la independencia que requiere la epopeya: es preciso que los principios de gobierno emanen del sentido práctico, de las costumbres, de la equidad natural y del carácter espontáneo de los personajes, sin que aparezcan dominados por fuerza externa. La sencillez de costumbres es la consecuencia del estado social que conviene representar á la epopeya, manifestada esa sencillez aun en las acciones más vulgares. Esto es lo que se llama *edad heroica*, esa época de la vida pública y doméstica en que no existen ya las costumbres bárbaras; pero tampoco la prosa racional de una sociedad doméstica y civil nimiamente reglamentada: la edad heroica es un término medio original y poético entre la barbarie y la civilización completa.

Es de advertir igualmente, que tampoco los mexicanos estaban en la edad heroica, cuando se hizo la conquista, encontrándose entre ellos dos extremos, formas tan adelanta-

das, como la republicana en Tlaxcala, ó pueblos enteramente bárbaros como los chichimecas.

El canto segundo de la Hernandía concluye con un episodio, la destrucción de las naves, que pudiera haber compensado los defectos notados anteriormente. Que ese episodio es eminentemente épico lo prueban los magníficos cantos de Moratín y de Vaca Guzmán intitulados: «Las naves de Cortés destruidas.» Que ese episodio se refiere á la acción más heroica que en su línea presenta la historia, se demuestra comparándola con otras semejantes. Tarjít quemó sus naves al pisar las costas españolas, y Alcibiades destruyó las suyas al desembarcar en Britania; pero uno y otro se encontraban á pocas leguas de sus playas y podían con facilidad volver á ellas; mientras los conquistadores de México sabían muy bien la imposibilidad de salvarse si padecían una derrota. Agatocles desembarcó en Africa para conquistar á Cartago, y echó á fondo sus navíos; pero iba acompañado de treinta mil soldados, y hacía la guerra á una sola nación. Los catalanes, que en Galipoli dieron barreno á sus naves, eran menos, y peleaban con varias naciones del Oriente; pero nunca en tan corto número como Cortés y sus compañeros. Sin embargo, Moncada juzga que tan heroica fué la acción de los catalanes, como la de Cortés y sus soldados. (Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.) Desgraciadamente Ruiz de León no se puso á la altura del asunto, y sólo produjo un bosquejo débil, vago, que no comprendemos cómo pudo haber servido de base á la composición de Vaca Guzmán, ó la de Moratín, según indica Beristain en su *Biblioteca*. Vamos á transcribir el trozo correspondiente de la Hernandía para que el lector pueda por sí mismo hacer la comparación con los cantos á que nos referimos, los cuales se encuentran en cualquier biblioteca; y por esto no nos detenemos en copiarlos.

Los grandes buques, en que se conduxo,
Intenta destrozar (¡valor terrible!)
Y su conducta con prudente influjo,
Necesario hace lo que fué imposible.
Empeño tal á operación redujo,
Llegando hasta aquel punto imperceptible,
En que lo heroico parte su grandeza,
Entre temeridad y fortaleza.

Diga alguno (¡qué importa que lo diga!)
Que fué barbaridad tanta advertencia,
Si bien mirado lo que al fuerte obliga,
El límite trasciende á la paciencia.
La fortaleza no es tan enemiga
De los extremos, como la prudencia;
Y en casos que están fuera del estilo,
Salir de lo común es el asilo.

Resolución tan alta es la que exprime
Lo sumo de un valor pundonoroso,
Y ésta sólo la alcanza, quien sublime,
Lo magnánimo junta y generoso.
Llegar no más adonde no comprime
El estrecho, no es campo peligroso;
Hallar en la otra banda fin preclaro,
Es de muy pocos, y aun en éstos raro.

No de Etolia y Sicilia pretendidos
Lauros, gasten buriles y pinceles,
Celebrando caudillos atrevidos,
Que por vencer quemaron sus bajeles.
Hechos para primeros, aplaudidos,
Mas sin duda á éste rendirán laureles,
Que en el cotejo de una y otra proeza,
Fué aquella hazafia, y esta fué grandeza.

Examínense entre ambos continentes,
Midiendo la distancia y suficiencia,
La fiereza inaudita de sus gentes,
De sus emperadores la potencia;
Muestre el seso los grados excelentes
De una y otra arrogancia y decadencia,
Y aun la envidia dará cuando la infama,
Orla allí de oro, cerco aquí de grama.

No por segunda pierde el lustre claro;
Que proezas que de sí son ejemplares,
Se deben mensurar por aquel raro
Tamaño, que las hace singulares.
¡Oh honor de España! goza ya preclaro
A tus grandes blasones militares
El elevado altar donde te aclama,
Por heroico, por único, la fama.

CANTO III.

«Marcha á Zocotlán, y por dirección de los zempeales determina ir á Tlaxcala; toman á su cuenta el negocio, ofreciéndose á conseguirlo. Varias reyertas en el Senado

sobre el punto, hasta que resuelven el rompimiento. Quedan vencidos en diversas ocasiones, asaltan de noche el cuartel, por consejos de sus adivinos, y pierden totalmente las esperanzas. Con estas noticias pide la República la paz que después de algunas experiencias se le concede. Entran los nuestros en su jurisdicción, y pasan á Cholula, donde se descubre y castiga la conjuración, que estaba dispuesta por orden de Moctezuma, para acabar con ellos. Hace que las dos naciones opuestas queden unidas, para dejar paso seguro á las tropas de Tlaxcala y á su gente en caso de necesitarlo, si no correspondiese el suceso á sus designios.»

Del canto tercero recomendamos el discurso de Maxicatzin en el Senado de Tlaxcala. Los discursos han sido adornado admitido no sólo de los poemas, sino de las historias por los griegos y sus imitadores. Alguna transposición forzada, algún verso mal medido, algún adjetivo impropio, no son parte bastante á destruir el mérito de ese discurso, pues en él dominan las buenas cualidades relativas al lenguaje, estilo, versificación y adornos poéticos.

CANTO IV.

«Luzbel irritado con lo acaecido en Cozumel, y con lo demás que iba notando, convoca á sus ministros en cierto oculto conciliábulo, para imposibilitar en la América la introducción del Evangelio; dispone nuevas trazas, que atormenten á sus moradores, hasta conseguir que Moctezuma determine acabar con los españoles, cuando no lo puedan conocer.»

Los poetas cristianos han acostumbrado valerse de los espíritus infernales en la trama ó nudo del poema, como por ejemplo Camoens en los Luisiadas, y esto con mezcla de la mitología pagana, según lo hace Ruiz de León en el canto cuarto, del cual no nos parece necesario poner ningún ejemplo.

CANTO V.

«Describe la gran ciudad de México, su templo, ubicación y grandeza; y con la más prudente conjetura (sin embargo de lo discordante que están todos los autores en esta materia) se da razón de la más verosímil genealogía de sus

reyes, desde los primeros pobladores, hasta el príncipe Moctezuma, en cuyo tiempo entraron los españoles. Tócanse los ritos, costumbres y ceremonias de su gentilidad, y particulares grandezas de su monarca, en la amplitud de sus dominios.»

La relación histórica relativa al origen, gobierno y costumbres de los mexicanos, es un episodio natural de la Hernandía, un adorno propio de los que usaría el mejor poeta: nada más á propósito para excitar la fantasía, como los recuerdos de un pueblo cuyas tradiciones y costumbres reúnen las circunstancias de lo misterioso y de lo nuevo, pues el origen de los mexicanos se pierde entre las nieblas de la edad pre-histórica, y su civilización, aunque análoga en parte á la de varias naciones del antiguo continente, era en lo demás, enteramente aborigena.

Lo que encontramos defectuoso en el canto quinto es la descripción de la ciudad de México, tanto en lo substancial como en lo formal: en lo formal, porque el escritor mexicano peca por conceptuoso unas veces y por prosaico otras; en lo substancial, porque hay mucha exageración respecto á la belleza y á la grandiosidad que se atribuyen á la antigua Tenoxtitlán. México era una ciudad extensa y populosa, con mercados muy concurridos, animada por el movimiento de canoas en los canales, y gente de á pie en las calzadas; con algunas construcciones importantes, como los diques y el templo mayor; con calles bien niveladas y espaciosas; pero no es cierto como dice Ruiz de León, que los diques fueran de mármol, que hubiese columnas de alabastro, ni cúpulas, ni almenas, ni demás adornos que enumera nuestro poeta, según consta de las siguientes octavas, las cuales servirán como muestra del canto quinto. El escritor pudo haber conciliado la verdad histórica con la ficción poética suponiendo que á los españoles *les pareció* México como él le describe, porque, efectivamente, los europeos creyeron, algunas veces, descubrir en América ciudades de plata y otras cosas que no existían.

¡Qué provincias, qué reinos, qué grandeza,
Producen ricas sus fecundidades!
Nada le regateó naturaleza;
Blanco la vió de sus prolijidades.

Hija del Orbe, erario de riqueza,
Ciudad sin semejante á otras ciudades;
Necesitando para su fortuna
A México ellas, México á ninguna.

Aquesta ya; mas tímida la mano
Al bosquejarla, con razón desmaya,
Que es querer encerrar piélagos cano
En hoyo breve de pequeña playa.
A aquesta, en fin, undoso cristal vano
Besa sus muros, sus cimientos raya;
Y trasuntando del zenit los celos,
Colocada la deja entre dos cielos.

No se jacte Venecia decantada,
Que á Neptuno su histriada cuna debe,
Que México imperial más celebrada,
En mejor golló de cristal se mueve;
Galana en él se mira retratada
Con el pórvido y jaspé, que le bebe,
Y por la óptica, á esmeros del reflejo,
Vive mayor á vista de su espejo.

Innumerables poblaciones bellas,
Bordando la ribera á su laguna,
De su diáfano manto, como estrellas
Fijas, predicen su gentil fortuna.
En los dignos de mármol, las armellas
De entrambos lagos hacen oportuna
Unión á ciertos tiempos, cuando el agua,
Del dulce en el salobre se desagua.

Desmedidos sus grandes edificios,
Con cornisas y estelas emplomados,
Son gigantes del aire, en cuyos quicios
Suben hasta su esfera coronados.
Graves columnas son, por los indicios,
De relieves, tarjones y cortados,
Padrones de alabastro, que autorizan
Cuanto la fama y tiempo se eternizan.

En competencias la artesón reparto
Cuántas junturas al primor le debe,
Cuando en cúpulas breves hace el arte,
Orlas del sol, las que su llama bebe,
Corintia estofa de una y otra parte,
Con bichas pule su moldura leve;
Y en almenas, medallas y perfiles,
Su heroicidad recuerdan los buriles.

CANTO VI.

«Dispone Moctezuma otra celada, para romper al español sobre seguro, pues ya caminaba con su salvo-conducto á la corte. Armase ésta en la montaña de Chalco y habiéndola descubierto el héroe, la desvaneco con aire y felicidad. Salen sus nigrománticos al camino, donde queriendo usar de sus conjuros, los horroriza el demonio con nuevas aparentes fantasías. Sabido por el rey, manda al señor de Texcoco, su sobrino, le visite, como lo ejecuta, hospedándole en su reino y capital, cuya descripción se hace, como la de Ixtacpalapam, á donde pasa y hace alto para esperar el recibimiento. Grandeza con que se dispuso esta función dignándose el Emperador de salir á recibirlo largo trecho de la ciudad. Visítale después y da el caudillo su embajada. Dase noticia de lo que pasó en estas concurrencias, y en otras siguientes, sobre puntos de estado y religión.»

Como ejemplo del canto 69 puede leerse la relación del recibimiento que hizo Moctezuma á Cortés, donde se percibe bien el defecto dominante en Ruiz de León, gongorismo con algunas caldas prosaicas. El retrato de Moctezuma es pálido é incompleto.

CANTO VII.

«Hallándose los españoles en la corte, previene el monarca, para obsequiarlos, unas fiestas al uso de su nación. Dispónese unas justas solemnes, en que imitando los antiguos juegos pitios y nemeos, igualmente ostentan los mexicanos la grandeza y el ingenio, así en el vistoso aparato de sus arreos, jeroglíficos y caracteres amatorios, como en la destreza y osadía en lidiar las varias fieras que hicieron grande el espectáculo y el circo. Descríbese el anfiteatro en que después los mexicanos gladiadores, no sin vanidad, obscurcieron los seculares juegos de la antigua Roma. En medio de estos regocijos el general Qualpopoc, con ejército considerable, avanza á los pueblos sujetos á Veracruz por orden de su rey, para reducirlos á su obediencia; trata de sosegarlo Juan de Escalante, y el bárbaro le desafía; junta sus españoles y confederados, y preséntale batalla en que lo destroza; pero á costa de su vida y de otros compañeros que murieron después en Veracruz. Recibe la noticia Her-

nán Cortés, y con otros indicios, que dicen lo que basta para poner en operación al cuidado, trata de prender á Moctezuma, cuyo inaudito atrevimiento ejecuta con bizarria. Envía el rey por Qualpopoc y se lo entrega para que lo castigue, lo que se ejecuta con pena de muerte, para cuya consecución se le echan al monarca unos grillos, y acabada aquella, se los quita personalmente para dar mayor recomendación al desenojo.»

El argumento del canto 7º es de lo más interesante en el poema que vamos examinando, tanto por la parte histórica como por los adornos poéticos. La prisión del Emperador Moctezuma en medio de su corte y rodeado de su ejército, por un advenedizo casi aislado, parece más bien una relación fantástica que un hecho. La descripción de las fiestas dispuestas por los mexicanos es un adorno bastante bien desempeñado por Ruiz de León, atendiendo á que hay animación en los cuadros que presenta, viveza de colorido, lenguaje castizo y generalmente buena versificación, así como tono elevado. Sin embargo de estas cualidades, la parte que nos ocupa de la Hernandía tiene los defectos de difusión, resabios de culteranismo y toques prosaicos. Nos entenderíamos demasiado si copiáramos toda la descripción á que nos hemos referido, y por, lo tanto, nos conformaremos con transcribir algunas octavas, para que el lector vea la manera gongorina con que el poeta mexicano pintó á las mujeres indígenas de su país, esto es, valiéndose de un estilo campanudo, de figuras forzadas, de retruécanos y de conceptos metafísicos; todo para venir á significar que las americanas son *de color obscuro*.

No siempre en azucenas, en claveles,
En perlas, en rubíes, naturaleza
Ha de mojar prolija sus pinceles
Para sacar en limpio la belleza:
Hasta hoy fueron del mundo los vergeles,
Precioso material de su destreza,
Resacando de todo lo precioso
La mejor quinta esencia que es lo hermoso.

En Asia dibujó amazonas vanas,
En Africa sultanas ya divinas,
En Europa hermosuras cortesanas,
Y en todo el orbe caras peregrinas;

Mas cansada de arañeos y de granas,
De alabastro, coral y piedras finas,
En América puso otra tintura,
Dando en medios colores la hermosura.

Para ser en sus obras prodigiosa,
Debió tener la calidad de varia,
Que aunque fuéese otro el tinte, para hermosa
Basta la proporción que no es contraria.
De Adelfa triste, musta melindrosa,
Berillo mustio, mármol de la Paria,
Opaco lino, crisopacio puro,
Sacó un color como el topacio oscuro.

Cual crepúsculo rompe á noche fría
La negra tez, con que al Oriente alfombra,
Que es mucha sombra para creerlo día,
Que es mucho rayo para creerlo sombra.
Tal de rojo rubí y andrina umbría,
Mixto que no deleita ni que asombra,
Es muy rosado, para lo atezado,
Y muy oscuro para ser rosado.

Con esta extraña, pues, rara pintura,
En su zona ostentó cultos primores,
Casi advirtiendo cuanto la luz pura
Del sol, quemar pudiera sus colores;
Mas guardándole fuero á la hermosura,
Como sabia, con tantos borradores,
Corrió otro mate su pincel profundo,
Saliendo nuevo, para nuevo mundo.

Compárese todo esto con la estética sencillez de la Biblia, cuando Salomón se limita á decir respecto de su amada:
Morena soy, es cierto; pero hermosa

CANTO VIII.

«El Principe de Texcoco, Cacumatzin, mueve una conjuración, con pretexto de libertar á su Rey, siendo máxima oculta para estar más inmediato á la corona. Conoce el señor de Mexicaltzingo el artificio de la proposición, y tira á desvanecerla, por no ver frustrados los derechos que también le favorecen para el solio. Revelado á Moctezuma, quien envía por el motor; y aunque no obedece, cae en el lazo que estaba prevenido, y por consejo de Cortés, queda desposeído de la investidura de elector, y adornado con ella su hermano Tlazoltémac. Entre estos mal apagados rumo-

res, vuelve el monarca sobre sí, y determina despachar al castellano, para cuyo fin convoca á los grandes de su reino, y en solemne acto hace reconocimiento al Rey católico, como á supremo legítimo señor del Occidente. Cuantioso tributo, que así él como los suyos ofrecieron con generosa liberalidad. Concluida la junta, trata de que se vuelva luego; y conociendo aquél el antecedente artificio, le satisface con que le obedecería al punto que se fabriquen bajeles, capaces para el viaje, por haberse perdido los que le condujeron.»

El canto 89 nada presenta de notable; es casi una mera relación histórica, con el estilo del autor, que ya conocemos.

CANTO IX.

«Trátanse las revoluciones de la Europa en este tiempo. Algunos casos extraños de sus potencias, y los internos males de que adolecía España en esta sazón. Las primeras noticias de Cortés, en la corte; lo dificultoso que se hizo su razón á los principios; la grandeza de ánimo con que en ella, y entre los suyos, sufrió repetidas calumnias contra su fama; los varios socorros de españoles con que en diversas ocasiones le favoreció la fortuna; el raro predominio sobre sus émulos, pues se quedaban auxiliares los que le buscaban como enemigos; los muchos arbitrios que discurrió Diego Velázquez para deslucirlo, hasta enviar una armada á cargo de Pánfilo de Narváez de diez y ocho navíos para prenderlo, y adjudicarse así lo conquistado. Dícense los prudentes medios de que se valió en obsequio de la paz, enviando personas de autoridad para conseguirla. No teniendo efecto, sale á campaña, con licencia de Moctezuma; envía por medianero á Juan Velázquez de León, quien tiene algunos pesados lances en su tratado; rompe la guerra y en Zempoala le acomete en su mismo alojamiento, donde estaba guarecido de la tempestad y de la noche. Queda vencido y preso Pánfilo de Narváez, y todo su ejército á devoción de Hernán Cortés. Llegan, con cartas, mensajeros de México, en que Pedro de Alvarado y Moctezuma le avisan cómo los mexicanos han tomado las armas contra los suyos, y que por su poca gente perecerán si no son socorridos, cuya novedad pone en operación la marcha y entra en la corte con brevedad.»

En el canto anterior están de sobra las noticias que el autor comunica sobre las revoluciones de Europa y los males de España; pero se comprenden dos acontecimientos interesantes, la derrota de Narváez y el levantamiento de los indios contra los españoles.

CANTO X.

«Manda á Ordaz reconocer la ciudad, cuya salida anima á los mexicanos hasta asaltar el cuartel, de donde vuelven rechazados. Dispónense unos castillos de madera, contra las avenidas de los terrados, y quedan hechos pedazos en la primera ocasión, aunque salen los nuestros victoriosos. Moctezuma, receloso de la fidelidad de los suyos, despide al caudillo y se sosiega con su respuesta, en sazón que acometiendo las milicias de refresco, tiene por bien dejarse ver en la muralla para corregir tanto motín; y aunque á la primera vista se reducen, remolinándose la plebe, ve sobre sí el último atrevimiento de los suyos: cae mal herido en una sien, y muere en su obstinación. Llénase la ciudad de clamores á vista del real cadáver, y coronase Quauhtlahuac, con cuya tregua convalecen los nuestros, si bien poco después aparece el alto panteón coronado de la mayor nobleza mexicana. Asaltado Escobar, sangriento destrozó por ambas partes, y artificios bélicos que discurrieron sus ingenieros. Gánalo Cortés, y vése en manifiesto peligro á la heroica resolución con que tiraron despeñarse con él dos nobles mexicanos; socorre á los suyos, y retráese al cuartel; proponen los interlocutores con algunos pretextos frívolos, que miran sólo á la detención, que salgan de la ciudad, con ánimo de sitiarnos por hambre. Discreta respuesta del caudillo, sirviéndose de sus propios artes, hasta mejorar sus partidos, y resuelve al fin salir aquella misma noche. Modo con que lo dispuso, y generoso desprecio en abandonar tantas riquezas adquiridas por la reputación de sus armas. Comienzan la marcha, y los mexicanos, con extraordinario sosiego en su natural, la dejan empeñar en la calzada, y cortando los puentes, acometen por agua y tierra con intrépida ferocidad. Echase á fondo la artillería; mueren más de doscientos españoles; piérdese totalmente la retaguardia, y entre ella, algunos cabos principales de la más acendrada noble-

za de Cuba. Hace alto en Tlacopan (hoy Tacuba) donde se recogen los heridos á la primera luz de la mañana. Cebados en el despojo los mexicanos, encuentran muertos á sus armas muchos principales de los suyos, con cuyas exequias divertidos, dan lugar á los españoles á alojarse en los cues de Otomcapulco, doce millas al Poniente de la corte, en donde se venera hoy, en memoria de tanto beneficio, el peregrino santuario de la Emperatriz de los Angeles, con la advocación de los Remedios.»

El argumento del canto anterior es épico, y ese canto confirma el carácter literario de la Hernandia, reunión de las buenas cualidades y los defectos que ya hemos observado: el canto 10º se recomienda por la animación, el movimiento, el lenguaje correcto, y algunas veces el colorido, la versificación, el tono, los adornos poéticos y ciertos rasgos brillantes; pero es defectuoso por el estilo gongorino y algunas locuciones prosaicas.

CANTO XI.

«Continúan la marcha con extraordinarios sucesos, hasta hacer banquete de un caballo muerto; llegan al valle de Otumba, donde se descubre la mayor fuerza del ejército enemigo. Previénense al combate, y queda desbaratado en batalla campal todo el poder mexicano. Entran en Tlaxcala, y modera el respeto del adalid el castigo, que un senador firmó para su propio hijo, por haber conspirado contra los españoles. Reducen éstos las provincias de Tepeycaac ó Tepeaca, Huacacholan y otras, sin embargo de las milicias mexicanas que en ellas había introducido el nuevo Emperador Quauhtemotzin, yerno de Moctezuma, quien ascendió al solio, por muerte de Quauhtlahuac; raras advertencias de su política y gobierno militar. Gana el capitán Cristóbal de Olid á Acatzingo, Hecamachalco y otras ciudades, y vuelve con el héroe á Tlaxcala, adornados de luto por la muerte de Maxicatzin, cuya autoridad despertó á muchos señores para confesar el Evangelio. Pónense por obra los bergantines para el sitio de México, y da permiso á los malcontentos para que se retiren á Cuba, habiéndole legado, por disposición del cielo, más de doscientos españoles de Velázquez y Garay, que venían con muy opuesto

designio. Eligen la capital de Texcoco para plaza de armas contra la corte, y en Texmelocan ofrece fingidamente la paz el príncipe reinante; entra en ella, descubre el engaño, huye el Rey, y restituye la corona á su legítimo Señor. Avanza á Ixtacpalapa, y vese á pique de perderse con toda su gente, en una celada, que dispuso su cacique. Pasan los capitanes Lugo y Sandoval á las provincias de Chalco y Otumba, y tomadas éstas, con los prisioneros de más porte, reconviene con la paz al Emperador mexicano, en aquellos términos que demanda la razón.»

Pudieran omitirse en el canto anterior algunos pormenores, que no son enteramente necesarios á la acción del poema. El adorno más notable del canto 11 es la descripción de la celeberrima batalla de Otumba, el más glorioso hecho de armas de cuantos los europeos acometieron en América: los españoles derrotados, casi exánimes, y sin armas de fuego, fueron rodeados por una muchedumbre inagotable. Cortés, como soldado, fué el primero en acometer y el más bravo en pelear; como general es admirable su serenidad y la previsión que tuvo en aconsejar se hiriese de preferencia á los caudillos aztecas. Por ser muy larga esa descripción no la copiaremos íntegra, reduciéndonos al pasaje en que sucumbe el capitán mexicano que llevaba el estandarte, circunstancia que, como es sabido, consumó la victoria de los castellanos. Una análisis de las octavas que siguen sería repetición innecesaria de lo que ya hemos observado acerca de la obra que nos ocupa.

Llega á las andas el galán Nemeo
Y con el General que en ellas mira
Cierra, y al bote, como justo empleo,
Da de espaldas con él cuando le tira.
Tigre por su rubí, venga el trofeo;
Rival por su granate, á más aspira,
Queriendo solamente que la gloria,
Al brazo herido deba la victoria.

Salamanca, que se halla cerca, salta
Del caballo, y tomando el estandarte
Al general difunto, más lo exalta,
Cuando arbolado se le entrega á Marte.
Mira la multitud tan suma falta,
Y sus insignias á una y otra parte
Arrojando, la fuga no entendida
Emprendió despechada, no vencida.

España viva, grita valeroso
El adalid y como derrepeute,
Quien soñando en un golfo tempestuoso
Despierta, y el sosiego ve patente;
Así de tanto cauce proceloso,
En la aprensión se escucha solamente
El rumor, y á no haber tales despojos,
Sueños lo hicieron, y á faltarles ojos.

Soís escribió una relación tan buena de la batalla de Otumba, que es modelo en su género.

CANTO XII.

«Conduce Sandoval á Texcoco los bergantines, con nuevas milicias de la República de Tlaxcala: Vuelve el héroe sobre Teneyocan y Atzacapotzalco, ciudades de la ribera; y refiérese el raro ardid que dispuso en Tacuba Cuauhquemotoc contra sus armas, y la pérdida que hubo en ambas partes. Ganan á Huaxtepec, en cuya batalla corren sangre los ríos, y después á Cuahnahuac, conocida ya por Cuernavaca. Acomete aquél á Xochimilco, con ánimo de reconocer la laguna, y experimenta otro peligro en su persona; paga con la vida un soldado español la oculta sedición que tenía dispuesta, y poco después sucede lo mismo al mozo Xicotencatl. Echase al agua los bergantines, y destrozan una numerosa flota de canoas mexicanas, á tiempo que los nuestros toman puestos en Tacuba, Ixtacpalapa y Cuyoacán, para bloquear la corte. Disponen los mexicanos una celada contra los bergantines, y la consiguen, padeciendo los nuestros una rota considerable en el trozo de Cuyoacán; el asalto que intentan para impedir los víveres, de que ya necesitaba la ciudad. Con esta victoria y otros ardidés, consigue el Emperador que desamparen á Cortés los más de los aliados, aunque á pocos días llegan en mayor número. Acometen los tres ataques por sus calzadas, toman puesto dentro de la corte, en el mercado de Tlatilolco (en su idioma montón de gente). Retírase el monarca, mientras entretienen con dobles capitulaciones los tratados de paz, embarcándose en otra ensenada, para dejar dudosa la posesión, en caso de mayor accidente. Advirtiendo los españoles su estratagemá, acometen con todo el grueso de sus fuerzas, así por tierra, como por agua; y la resistencia, que

hacen principalmente en la laguna, dice la calidad de gente que conduce aquella flota, hasta que amenazando García de Holguín, á la piragua real, hace prisionero al Emperador, cuya noticia apaga el tesón con que toda la nobleza aun defiende los puestos en la ciudad, y queda dueño de tanto imperio el felicísimo, invicto, augusto Emperador Carlos V.»

En el canto 12 concluye el poema con la prisión de Guatimotzín, referida en las siguientes octavas que vamos á copiar y analizar.

Sandoval que gobierna en la ensenada
Del agua, la invasión que está á su cargo,
Peleando en ella ve la real armada,
Que sale deslizada á remo largo,
Manda á Olguín que con vela desplegada
Caza le dé, quedando sin embargo,
Este á la resistencia numerosa,
Que por tal y por noble es poderosa.

No así se abate desde pardo cielo
Nebli á la garza, que se juzga nieve,
Y afilando las uñas en un vuelo,
Hace á la presa que la garza prueba.
Arrojase sobre ella con tal celo
El español, que hasta los vientos bebe,
Conociendo que está, según pregona,
Allí el armiño de la adusta zona.

Corre ligero, vuela presuroso
Cazando velas de valor profundo,
Que es la garza que sigues, tan precioso
Tesoro, que á tu rey le vale un mundo.
En un momento llega valeroso,
Y saltando con aire sin segundo,
A la violencia que su fuerza absorbe,
En una frente vió rendido al Orbe.

Casi no hay verso que deje de tener algún defecto en la idea ó en la forma, como vamos á manifestar.

«Ensenada de agua.» Las ensenadas no son de tierra, y así es redundante decir que sean de agua.

En el verso sexto hay una locución prosaica, «sin embargo.»

El adjetivo *numerosa*, del verso séptimo no tiene sentido propio y parece consonante forzado.

La frase «juzgarse nieve» es de gusto gongorino, pudiendo decirse más sencillamente «que parece nieve.»

«Probar la garra.» en el verso 12, es locución prosaica; y lo mismo «beber los vientos.» en el verso 14.

La idea del verso 16 no se comprende.

«Calzando velas de valor profundo» (verso 18) es una frase que carece de sentido en buen castellano.

Es obscuro el significado de los dos últimos versos.

Relativamente al desenlace del poema diremos que es histórico y conforme á las reglas del arte, pues la mayor parte de los preceptistas aconsejan que la acción tenga éxito feliz: siendo la admiración el principal sentimiento que debe excitar un poema, faltaría si el héroe tuviese un fin desgraciado y se malograra su empresa. En lo que anduvo muy poco acertado Ruiz de León fué en no haber dado más extensión al cuadro interesantísimo de la prisión de Guatimotzín, reduciéndole á las tres malas octavas que hemos copiado, y omitiendo los retratos del Emperador azteca, de su esposa y de los guerreros que los acompañaban. Una relación más extensa y más animada hubiera sido conforme al genio del poema épico. Para conocer el partido que Ruiz de León pudo haber sacado de la historia misma, vamos á transcribir los preciosos retratos de Guatimotzín y su esposa hechos por Solís, á quien, en otra ocasión, hemos visto parece haber seguido el poeta mexicano.

«Era Guatimotzín mozo de 23 á 24 años, tan valeroso entre los suyos, que de esta edad se halló graduado con las hazañas y victorias campales, que habilitaban á los nobles para subir al imperio. El talle de bien ordenada proporción: alto sin decaimiento, y robusto sin deformidad. El color tan inclinado á blancura, ó tan lejos de la obscuridad que parecía extranjero entre los de su nación. El rostro, sin facción que hiciese disonancia entre las demás, daba señal de la fiereza interior, tan enseñado á la estimación ajena, que aun estando afligido, no acababa de perder la majestad. La Emperatriz, que sería de la misma edad, se hacía reparar por el garbo y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones; pero su hermosura, más varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba menos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del gran Moctezuma, ó según otros su hija.»

Resumiendo lo que hemos dicho sobre el poema *La Hernandía*, resulta que tiene las buenas cualidades y los defectos siguientes:

El hecho de la conquista de México, de la manera que se verificó, es verdaderamente maravilloso, y por lo mismo digno del poema épico-histórico. Para apreciar debidamente el argumento de la «Conquista de México,» debemos fijarnos en esta idea: se trata de una lucha en que la inteligencia de unos pocos vence al poder físico de muchos; pugna en que el espíritu domina á la materia; la habilidad de Cortés á la fuerza de Moctezuma. Juzgando con imparcialidad al jefe español, debemos convenir en que no sólo fué guerrero, sino hombre de estado; en que para consumir la empresa que acometió no bastaba el valor, sino que era preciso el genio. La acción del poema reconstruida en Cortés, y el estado de guerra entre naciones distintas son circunstancias propias del poema épico. Es recomendable la fidelidad histórica en una gran parte de la narración poética, habiendo seguido Ruiz de León, según parece, al célebre escritor español Solís. Se encuentran en el poema episodios interesantes, como la historia de los antiguos mexicanos, y adornos bien desempeñados, como el discurso de Maxicatzín en el Senado. El lenguaje es generalmente castizo, el tono frecuentemente elevado, y la versificación á veces sonora. No faltan en algunos pasajes viveza de colorido animación y rasgos brillantes. El desenlace del poema es feliz, según las reglas del arte.

Son pálidos é incompletos los retratos de personajes tan notables como Moctezuma y Guatimotzín. Se encuentran algunas descripciones nimias y otras exageradas como la de México; y episodios de por sí interesantes, mal ejecutados, como la destrucción de las naves españolas. El defecto dominante en el poema es el gongorismo, mezclado con algunas locuciones prosaicas: ya hemos explicado en varios lugares de esta obra en qué consisten los vicios del gongorismo y el prosaísmo. Por último, creemos también digno de censura, que en la *Hernandía* se omitiera toda referencia á la interesantísima *Doña Marina*, la joven, la hermosa mexicana enamorada de su señor, partícipe de sus fatigas y que sirvió á los españoles, no sólo de intérprete, sino de consejera. Doña Marina es la Briseida de la *Iliada Mexicana*.

na. Recomendamos el interesante estudio de Doña Marina, escrito por Luciano Biart: se ha publicado una traducción española en la *República Literaria* de Guadalajara. Sosa, en sus *Biografías*, ha defendido bien á Doña Marina de los injustos cargos que hizo á ésta el biógrafo Olmedo y Lama. Entre los defectos de la *Hernandía* también merece considerarse que la acción empieza antes de lo debido; que el retrato de Cortés es muy prolijo; que hay digresiones inútiles.

En una palabra, la *Hernandía* no pasa de ser «ensayo defectuoso de un poema épico-histórico,» y aunque superior al *Peregrino Indiano* de Guzmán, es inferior al *Nuevo Mundo* por Terrazas: de este último poema se conocen algunos fragmentos, según dijimos en el capítulo primero. Saavedra Guzmán es prosalco y aun vulgar; Ruiz de León gongorista; Terrazas pertenece á la escuela clásica de Herrera ó sevillana que no puede ser tachada sino de alguna afectación. Del poema sobre la conquista de Nuevo México por Villagrá hemos hablado en el capítulo 4º, y de otros poemas escritos en nuestro país, relativos á su conquista hablaremos al fin del presente capítulo. De composiciones poéticas extranjeras, con el argumento dicho, nada nos toca manifestar porque nuestro libro no es de literatura comparada. Sin embargo, advertiremos que hasta ahora no hemos hallado ninguna á la altura del asunto, exceptuando los conocidos cantos de Vaca Guzmán y de Moratín.

Relativamente al otro poema de Ruiz de León, *La Tebalda Indiana*, nada podemos decir porque no le conocemos, y respecto al libro intitulado *Mirra Dulce* haremos breves observaciones.

* *

La Mirra Dulce es el título gongorino de una colección de décimas que comprueban el ingenio fecundo del autor, nada menos que 330 sobre un mismo asunto, los dolores de la Virgen María al pie de la cruz. Esas décimas no son tan defectuosas como *La Hernandía*, porque en ellas se encuentra menos gongorismo, y suelen tener más naturalidad y sencillez, reunidas estas circunstancias, en ocasiones, á un lenguaje correcto y una versificación fluida. Pondremos dos ejemplos de la *Mirra Dulce*, uno de la parte defectuosa y otro de la parte aceptable.

Estaba la dolorosa,
¡O compasión de un azar!
Si te atreves á éste estar,
Habla, si puedes medrosa,
Estaba ¡o suerte penosa!
Estaba ¡o desdicha brava!
Estaba ¡el vivir se acaba!
Mas si en los dolores que hubo,
No explica amor cómo estubo,
Sienta el dolor cómo estaba.

No es posible, con retruécanos como los de la décima anterior, expresar el sentimiento religioso, el que requiere más espontaneidad, el que tiene por tipo las sagradas escrituras, cuyo carácter es una sencillez majestuosa.

Estaba la dolorosa
Madre, mirando paciente,
Á su hijo en la cruz pendiente,
Al pie de la cruz llorosa;
Á cuya alma generosa,
Dolorida y contrastada,
Atravesó dura espada;
¡Oh qué triste y afligida
Estaba la engrandecida
Del Unigénito amada!

La décima anterior se acerca algo más al gusto de la poesía religiosa, expresa mejor el amor divino, el amor purificado y enteramente espiritual convertido en amargura de aquella mujer á quien se aplican estas palabras de Isaias: «¡Oh vosotros cuantos pasais por este camino, atended y considerad si hay dolor como el dolor mío!»

* *

Vamos á concluir este capítulo formando un catálogo de las obras, en verso, sobre la conquista de México, escritas por mexicanos ó residentes en nuestro país.

El Peregrino Indiano, poema por Saavedra Guzmán, de quien hablamos en el capítulo III.

El Nuevo Mundo, poema por Terrazas, de quien hablamos en el capítulo I.

La Conquista de Nuevo México, poema por Villagrá, citado en el capítulo IV.

La Hernandía, objeto del presente capítulo.

La Cortesada, poema por el Padre Castro, citado en el capítulo X.

Canto á Cortés en Utica, impreso en México, 1808, escrito por D. José González Torres de Navarra, disfrazado con el nombre de aquel Gerónimo Aguilar, hallado por Cortés en Cozumel. González Torres nació en Sevilla, pero estuvo algún tiempo en México.

Origen y conquista de México, en verso heroico, por el capitán D. Luis Angel Betancourt.

Como ejemplo de las historias rimadas, sin mérito alguno artístico, que se escribieron en México, puede citarse la *Historia de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios*, por el capitán D. Luis Angel Betancourt. Fué compuesta el siglo XVII, y la hemos visto inédita en poder del Sr. García Icazbalceta. Según noticia del padre colector Vega, puesta al frente de la historia citada, «Betancourt vino á Nueva España en 1608, como constaba de un antiguo manuscrito intitulado *Ramillete de flores divinas y huérfanas*, en que reunió Betancourt varias poesías de su número.» Al fin de la *Historia de Nuestra Señora de los Remedios*, se encuentran dos sonetos de Betancourt, tan mal escritos como la *Historia*. En esta (octava sexta) declara su autor haber escrito en verso heroico «el origen y conquista de México, siguiendo al cronista Gomara.»

Algunos poetas existentes que no nos corresponde mencionar, según nuestro plan, han escrito en verso sobre la conquista de México. Nos limitaremos á hacer algunas observaciones al prólogo, escrito por el Sr. Altamirano, que precede al poema intitulado *Cuahtemoc* de D. Eduardo Valle. El prólogo del Sr. Altamirano no nos parece un juicio imparcial, sino una invectiva apasionada contra los españoles. Altamirano no se fijó en examinar si Cuahtemoc puede ser propiamente protagonista de un poema épico. No, en nuestro concepto, por las razones que vamos á exponer. Uno es el criterio histórico y otro el literario: en el punto de vista histórico, Cuahtemoc es digno de elogio y de lástima; lo primero por su brava defensa de la ciudad de México; lo segundo por la inhumanidad con que le sacrificaron los españoles; pero en el punto de vista literario, ni la opinión de los mejores preceptistas, ni el uso de grandes poetas, ni la razón, permiten que Cuahtemoc sea pro-

tagonista de un poema. El protagonista de un poema debe excitar la admiración, y la admiración no puede excitarla un príncipe vencido que no muere entre sus soldados, ó como Catón en Utica, sino que huye y es aprehendido al lado de su mujer. Revilla, en sus *Principios de literatura*, enseña que en un poema épico el personaje vencido puede desempeñar el papel importante de contra-protagonista, pero nunca de protagonista. Por lo tanto, Cuahtemoc queda bien como objeto principal de una novela, leyenda ó tragedia, y no de un poema épico.

Altamirano, en el prólogo que nos ocupa, califica á los conquistadores de México, de asesinos, bandidos, ladrones, etc., olvidando que en el siglo XVI la conquista se consideraba como un derecho, y que las naciones modernas civilizadas han adquirido con las armas, los países que habitan. En México, los ascendientes de Altamirano, los aztecas, por medio de la fuerza, fundaron un vasto imperio. Agrega Altamirano, que los indios mismos, y no los españoles, hicieron la conquista de México. Quiere decir que los primeros fueron traidores á su patria y unos imbéciles que se forjaron cadenas á sí mismos; quiere decir que los castellanos fueron hábiles políticos manejando á los indios como convenía á sus intentos. Esos indios, que ayudaron á los españoles en la conquista de México, no contribuyeron por medio de sus sucesores, á hacer la independencia, la cual fué obra de los mestizos y de algunos españoles.

Asegura Altamirano que nada bueno se ha escrito, en verso, acerca de la conquista de México, olvidando el apreciable poema de Terrazas «El Nuevo Mundo,» y haciendo á un lado los excelentes cantos á Cortés de Moratín y de Vaca Guzmán, premiados por la Academia española.